

de los ojos. Cuando la una prometía risueña, los otros negaban severos; y cuando la boca se cerraba á la risa para imponer respeto, la risa juguetona asomaba á los ojos brillantes, burlona como chicuelo travieso que trepa perseguido y desde arriba se ríe á mansalva de su perseguidor. Había que ascender á la frente para hallar expresión de quietud en aquella fisonomía movida en continuo oleaje de sensaciones pasajeras. Solo en la frente parecía aquietarse el espíritu de María Pepa en un pensamiento grave; quizá el secreto enigma de la esfinge burlona. Daba serenidad mayor á la frente el pelo negro, de lustrosa lisura, que sombreaba el rostro aterciopelado, cual maduro pomo, recogido á los lados como las alas corvinas de una paloma negra que durmiese posada sobre la frente serena de María Pepa. Por gala y compostura traía de ordinario espolvoreado el pelo de una sutil nubecilla de polvos, que sobre la negrura brillante hacía visos azulados como de uva

negra ó jugosa pasa malagueña, y por remate del peinado un manojillo de flores prendido al desgaire como brote del campo.

Antes de que hablara comprendió María Pepa de qué temple venía su marido, y con risa de boca y de ojos le cogió de las manos y le dijo:

—¡Vaya una cara! ¿No tienes otra para cuando vuelves á casa? Pues hijo, aquí no se ha muerto nadie para traer esa cara de entierro, que yo estoy bien viva y bien alegre.

—¿Qué te decía Quico? Buen rato llevábais de charla.

—¡Ay, Jesús! ¿Es eso? Yo creí que no te entraba más que con la luna.

—María Pepa, no lo echas á broma, mira que estoy muy hartó.

—Pues métete los dedos en la boca y desocupa, que toda esa hartura es nada más que asiento. Como te tragas todo lo que te dicen...

—Mujer, no me hagas hablar...

—Vaya, compadre—interumpió Joseliyo mediando entre marido y mujer—; María Pepa tiene razón; á ti te han querido meter en cuidado cuatro fulastres de mala entraña, que si á mano viene serán los primeros que hayan venido á tentar el vado; y como se habrán vuelto como vinieron, andan desazonados y sin saber por dónde mover infierno. Si haces caso de lo que dicen estás perdido. Hazte cuenta que si fuera verdad no habría un amigo de corazón para venir á decírtelo. No hay que quitarse el sueño por eso, que da miedo verte la cara estos días.

—Si atendieras al que es tu amigo y tu compadre y no hicieras caso de lo que te dicen cuatro borrachos en la taberna... Ya sabes que todos me tienen envidia y malquerer porque es una mujer de su casa y sabe arreglarse con lo que tiene, con muchísimo trabajo que me cuesta, solo que cuatro puercas holgazanas creen que para ir una de limpio se lo tiene que regalar á una el obispo: mi

marido que me lo gana con mucha honra, y yo que lo apaño con mucha decencia; eso y nada más que eso.

—Por lo mismo que dicen y que todos reparan en ti, tienes que andar con más cuidado y no dar que hablar. Te ven de charla con unos y con otros, de broma siempre... ¿que es tu genio? También yo tengo el mío. Yo no hago caso de lo que dicen; pero cuando veo, sé lo que veo, y sé lo que me toca hacer.

María Pepa, que se disponía á seguir chanceándose de su marido, comprendió, por el tono de las últimas palabras, que no era ocasión de burlas, y que algo más que habladorías le traía preocupado. Los tres quedaron silenciosos, sin mirarse. Miguel fué el primero que habló:

—¿No entras á tomar una copa, compadre?

Entraron en la casa, y la conversación tomó giro diverso. Trataron de sus haciendas y

negocios. Miguel del arriendo del cortijo, que vencía aquel año, y dudaba si le convendría renovar, porque el propietario le exigía mayor renta. Joseliyo, corredor de caballos y mulas en ferias y mercados, y renombrado desbravador de potros, de sus ventas y cambalaches, que al cabo del año le dejaban un regular provecho. María Pepa entraba y salía sin atender á lo que hablaban los hombres. Largo rato se llevaron los dos compañeros departiendo muy gustosos, y como media tarde era pasada, y la fuerza del calor decaía, se dispusieron á volver al pueblo, donde los dos tenían atenciones. Las de Miguel tan importantes, que advirtió á su mujer no le esperase á cenar porque no volvería hasta muy entrada la noche.

No lo extrañó María Pepa, suponiendo que cenaría con Joseliyo, como otras muchas noches cuando éste paraba algunos días en el pueblo; así es que á Joseliyo miró para cerciorarse de que había supuesto bien. Sor-

prendió Miguel la mirada y se apresuró á contestar:

—No ceno con éste, ceno con D. Martín el administrador. Tengo asuntos con él que me interesan y no quiero dejarle de la mano. Volveré tarde; te acuestas y no estés con cuidado.

Esta vez la mirada de María Pepa se clavó en su marido como si quisiera leerle muy hondo en el pensamiento. Nada de qué recelar advirtió en su expresión, y al desviar la mirada con furtivo destello se cruzó con la de Joseliyo, rápidas las dos, pero clarísimas y prontas á entenderse como un sí ó un no.

Poco después se hallaban en la misma habitación y los dos solos, María Pepa y Joseliyo. El hombre lloraba abatidísimo. María Pepa, cerca, de pie, dominándole, le pasaba una mano por la cabeza; pero no con la suave caricia con que al alisar la cabellera parece como si quisiera aquietar y adormecer el pensamiento. Sus caricias eran nervio-

sas, duras. Cada pase de la mano levantaba encrespados los cabellos que, atenazados en mechones entre los dedos de María Pepa, presentaban la cabeza como suspendida de ellos, separada del tronco, y á María Pepa como sanguinaria decapitadora.

—No puede ser, María Pepa; me iré del pueblo, gemía el hombre—; no volveré á verte en mi vida; cualquier cosa antes de que Miguel lo sepa.

—Pero ¿qué ha de saber? ¡Ay qué hombres! ¡Que estuviera yo así, pero tú!...

—Es que yo no sé qué alma tienes. Es que tú no me quieres creer. Piensas que me he cansado de ti, que busco un pretexto para dejarte, y por eso te digo que Miguel sospecha de nosotros; créelo ó no lo creas, Miguel no es el mismo conmigo; con mirarle sé yo lo que piensa, y desde que ha vuelto, vamos, cada vez que me mira, quisiera caerme muerto allí mismo, y que me tragara la tierra.

—Pero ¿le han hablado de ti por si acaso? Él anda celoso como siempre; ¿pero de ti? Para que veas, anoche mismo, que vino muy soliviantado con los cuentos de casa de Ventura, y se encerró conmigo como loco á voces y á golpes...

—¿Te pegó?

—¿A mí? Con los trastos y las paredes. No ha nacido el hombre que ponga la mano encima á la hija de mi madre. Pues estaba él así de esta conformidad, como te digo, que si yo era una tal, y que si él no hacía cuál papel ó cuál otro; que si yo tenía un querido, y él sabía quién era...

—¿Y tú?

—Yo muy serena le dije: Vamos á ver, ¿quién es ese hombre?, que quiero conocerle.

—¡Ay, María Pepa, qué alma!

—Verás. Él seguía gritando que sabía muy bien quién era, y que había de amanecer cosido á puñaladas debajo de mis venta-

nas, para que yo lo viese; y yo, atiende esto, Joseliyo: Pues vaya, le dije; por si no te han enterado bien, te lo voy á decir, que quiero ver esa tragedia de muertes desde mi ventana, que eso valemos las reales mozas.

—¿Y qué nombre le dijiste?

—El tuyo.

—¡María Pepa!

—¿Lo ves como no tienes corazón? ¿Sabes lo que dijo? ¿Ese? Aunque lo viera no lo creería.

—¿Eso te dijo? ¿Que no lo creería? Es verdad, así, así debía ser. ¡Válgame Dios, que todos los hombres han de tener una hora mala!

—Pues por mí no has de tenerla, que yo no ato á nadie. No vuelvas á verme. Te metes á ermitaño, y te estás rezando toda tu vida para que Dios te perdone.

—¡Rezar yo! Si á mí no me perdona Dios.

—Si es tan bueno á todos nos perdonará;

y pecado más, pecado menos, yo no tengo más que el de quererte, y lo que es gloria sin ti no la quiero. Conque donde tú vayas iremos los dos. Para eso le rezo yo á mi Virgen del Carmen todos los días; para eso y para que nos quite de angustias y pueda yo tenerte así siempre, siempre.

Y atrayéndole junto á su boca le besaba con ansia.

Embotado el sentido en la intensa sensación de sus caricias, ni vieron ni oyeron á Miguel llegar hasta ellos. Rugiente como fiera, á zarpazos y á golpes los separó iracundo, terrible. Joseliyo quedó de pie anorado. María Pepa cayó al suelo, y fué arrastrándose incorporada hacia su amante, implorándole con espantados ojos amparo y defensa. Pero Joseliyo no daba señales de apercibirse á la lucha; esperaba el castigo inmóvil, clavada la vista en el suelo que le faltaba bajo las plantas, como cortado ante ellas en vertiente de despeñadero.

Miguel apretaba en la mano derecha una pistolilla, pero no amenazaba con ella. Suspenso estuvo un rato, dando lugar á María Pepa de recobrarle y hacerse cargo de la difícil situación. Por fin, como quien piensa mucho lo que dice, con espantosa serenidad se fué hacia su compadre, y encarándose enérgico con él:

—Compadre—dijo—yo sé hacerme cargo de las cosas, y estoy al cabo de todo, y no es cosa que por una mala hembra se pierdan dos hombres. Ni tú ni yo tenemos la culpa, que yo sé lo que son hombres y lo que son mujeres, y cuando ellas no dan pie, no hay hombre que se atreva á la mujer de un amigo. Pero, compadre, cuando uno se divierte con una mujer hay que pagarlo; que he dejado de ser marido de esta mujer, y aquí estoy para cobrarla los intereses.

Joseliyo no se daba cuenta de lo que oía. Miguel se había vuelto loco. Impulso sintió de abrazarse á él llorando, compadecido de

su desdicha, pidiéndole que le matara por haberle traído á ella; pero el aplomo de Miguel le confundía.

—A pagar, compadre,—le repitió apuntándole esta vez con la pistola,—ó de aquí no se sale.

Joseliyo sintió sofoco de ira. ¿Era posible aquello? Y decidido á todo, como quien devuelve un insulto, como quien abofetea, arrojó un bolso á los pies de Miguel; por el suelo se desparramaron las monedas.

—¿Es eso lo que quieres?

—Qué te has creído? Para una mala mujer como ésta hay bastante con esto. Y recogió á sus pies una moneda de dos pesetas. Ahora guarda lo demás, y vete con Dios, compadre, y le cogió una mano y salió á despedirle.

Joseliyo no se resistió, seguro de que Miguel se había vuelto loco.

—Ahora tú, que también tenemos nuestra cuenta.

María Pepa tembló; pero antes de que pudiera prevenirlo ni defenderse, la enlazó Miguel por el cuerpo, la derribó á tierra, y poniéndole una rodilla en el pecho, impidiéndola todo movimiento, sacó una navaja y de un tajo limpio, seguro, la recortó el labio superior, que arrojó contra el suelo como una piltrafa salpicando la pared de sangre.

—Para que te rías sin ganas toda tu vida.

Y salió de la habitación dejando á María Pepa sin sentido, bañada en sangre.

Había pasado mucho tiempo, y todavía al sentarse á comer y á cenar uno frente á otro, Miguel sacaba del bolsillo la moneda, y sin decir palabra la ponía delante del plato de su mujer. María Pepa, desfigurado el rostro con horrible mueca de risa, como si asomara su calavera burlona bajo la carne viva, estremeciase de pies á cabeza; no al mirar, que no alzaba los ojos del plato por no verla, al golpe solo de la moneda sobre

la mesa, y en cada bocado de sus tristes comidas parecía como si la moneda, con sabor amarguísimo, se le atravesara en la garganta.

